

POR UN NUEVO PENSAMIENTO POLÍTICO

A nueva era, nuevo pensamiento político¹

Philippe Zarifian

1. La cuestión de la descalificación del capitalismo

Desde el comienzo de la década de 1970, vivimos un período de intensa conmoción, cuya magnitud corremos el riesgo de subestimar. Bajo numerosos aspectos, estas transformaciones se expresan de manera negativa para la mayoría de la población mundial. Y estos efectos negativos no son menos vastos y graves que los que pueden haberse manifestado, por ejemplo, durante la "gran crisis" de 1929.

Más aún, esos efectos perduran y se amplifican por décadas. Sin embargo, y con razón, nadie invoca una gran crisis estructural del capitalismo, como era la costumbre y como se comenzó a hacer durante la crisis de principios de los años setenta (falsamente atribuida a la cuadruplicación de los precios del petróleo).

Por el contrario: el sistema capitalista, ahora globalizado, atraviesa efectivamente una grave crisis, pero la mayoría de las grandes empresas y bancos han reencontrado su "salud". Se ha insertado en el segmento superior del capital inversor una relación de esencia especulativa que, a pesar de los graves shocks, ha significado voluminosas ganancias para los grandes capitales "de inversión" (mayoritariamente anglo-sajones), al mismo tiempo que ejerce una presión permanente sobre las tasas de beneficio de las empresas de la esfera directamente productiva. No se vislumbra ninguna grave crisis de superproducción, especialmente dado que la explosión del capitalismo en los países asiáticos, crea una nueva área de competencia y un mercado solvente de magnitud excepcional (en países con grandes poblaciones, el enriquecimiento de un pequeño porcentaje de personas y la inevitable emergencia de las clases medias, se expresa de manera inmediata en un vasto mercado).

Actualmente nos encontramos en una situación extraña: el sistema económico, considerado a nivel mundial, está siempre en crisis, pero después de una fase de saneamiento severo,

¹**Zarifian, Philippe.** 2010. "Pour une nouvelle pensée politique. A nouvelle époque, nouvelle pensée politique." En: <http://philippe.zarifian.pagesperso-orange.fr/>. Traducción de Ema Julia Massera. Revisión Lucia de Oliveira. Montevideo, mayo2018. En: <http://emamassera.uy/mis-fuentes/philippe-zarifian/>

grandes grupos, ya sean industriales, bancarios o "inversores" (es decir, especulativos) han vuelto a obtener grandes beneficios.

Nos parece que debemos cambiar y renovar el marco de análisis. La hipótesis que proponemos es la siguiente: el fondo del problema y lo que origina las transformaciones que experimentamos, radica en una descalificación progresiva, pero fuerte, del sistema capitalista como "centro" de producción y reproducción de la vida en el seno de una sociedad en proceso de mundialización.

De manera condensada, proponemos llamar "vivir" a las formas de vida y las maneras de vivir, de las cuales la sobrevivencia de la humanidad concreta es parte integrante y constituye la primera condición. ¿Qué queremos decir con "descalificación"? Queremos decir, de manera sucinta e imaginativa, que el capitalismo ya no está capacitado para enfrentar los considerables desafíos y problemas que han surgido, muy rápidamente, en el último período (surgido, con una nueva gravedad, ante nuestra visión y conciencia, si bien algunos de ellos habían comenzado a desarrollarse mucho antes, como la pobreza, o la cuestión ecológica o feminista lo demuestran).

Muy por el contrario: es en su propia recuperación, en la reanudación de su expansión, que los grandes grupos, lejos de mitigarlos, exacerbaban esos problemas y se sitúan en permanente omisión frente a los nuevos desafíos. Esta es una situación nueva en la breve historia del capitalismo: los períodos de recuperación económica ya no conducen a atenuar las consecuencias negativas. Por el contrario, las exacerbaban. Podríamos llevar la paradoja aún más lejos: las cosas serían mejores si el capitalismo estuviera en recesión por un largo tiempo ... La presión sobre los equilibrios ecológicos sería menos fuerte, si los defensores del capitalismo fueran más débiles frente a las demandas y luchas, etc.

Pero dejemos de lado esta paradoja y centrémonos en la hipótesis que proponemos.

¿Qué es lo que hace que el capitalismo, como sistema (y no solo como "política"), quede descalificado y se convierta en lo esencial, en una fuerza de agravamiento y resistencia, ubicado a la defensiva (y sobre todo más violento y agresivo), no ofrezca ningún futuro creíble?

Voy a presentar tres razones:

Primera razón: las fuentes centrales que históricamente han estado en el origen de la acumulación capitalista y del crecimiento de la productividad, han sido modificadas y ya no pueden ser "capturadas" y explotadas por el capital como antes. El intento actual de controlarlas en gran medida supone bloqueo de su potencial y su agotamiento. Me refiero aquí a la "fuerza de trabajo", que se ha convertido, en su mayor parte, en una inteligencia que se despliega en múltiples canales de socialización, comunicación e iniciativa colectiva. Esta inteligencia excede constantemente, por mucho, el marco de constreñimiento y control en los que los líderes empresariales querrían encerrarla. Una gran parte del "sufrimiento en el trabajo" y el agotamiento psíquico proviene de los bloqueos y prohibiciones a que los trabajadores se ven enfrentados en la puesta en acción de su inteligencia y poder y su confinamiento en tareas realizadas bajo fuerte intensidad, muy por debajo de sus capacidades. Esto da como resultado considerables pérdidas de productividad potencial. Es posible observarlo empíricamente: si la rentabilidad del capital alcanza niveles sin precedentes, por el contrario la productividad del trabajo permanece atascada a un nivel dos veces menor que la del período de la posguerra, y esto, a pesar del impacto de las "nuevas tecnologías". Esta cuestión repercute en el sistema educativo: este último ha adquirido una importancia totalmente nueva y permanece, en su mayor parte, bajo el control del sector público. Pero precisamente, el esfuerzo del capital por capturar sus efectos conduce a debates muy vivos que atraviesan este sistema, con una tendencia a "profesionalizar" los estudios, a reducirlos a las expectativas inmediatas y a la ideología gerencial que los líderes de empresa exigen (y que los riesgos de desempleo para los jóvenes suponen). Esto abre un nuevo frente de luchas, que constantemente desborda este intento arcaico de controlar la educación.

También me refiero a las fuentes de energía. Expresadas bajo el vocablo "recursos", considerablemente reductor, uno se apercibe, de hecho, que a través de la considerable crisis energética que se avecina, la explotación de estos recursos ha oscurecido por completo la importancia de su renovación, así como los efectos de degradación del ecosistema que genera esta explotación. Basar el suministro de energía en los combustibles fósiles siempre ha sido una aberración: destruimos, en muy poco tiempo, recursos que tardaron mucho tiempo en formarse y liberamos dióxido de carbono en altas dosis, en muy poco tiempo. Ya sabemos cuál es la "solución" a través de la energía nuclear. La solución es evidente: no solo invertir en energías renovables, sino especialmente orientar la ciencia y la tecnología hacia el

descubrimiento y desarrollo de otras fuentes, la más obvia de las cuales es la captura de energía solar. La cuestión energética es principalmente una cuestión de orientación de la inteligencia humana para garantizar el acceso a nuevas fuentes, que se renuevan a sí mismas, no son contaminantes, y tienen sus raíces en las propias fuerzas de la naturaleza que constituyen nuestro universo de vida orgánica (de las cuales la civilización china ha sabido ver su importancia). En este campo, hemos sufrido un atraso terrible debido a la dirección que el sistema capitalista ha tomado en la "explotación" de los recursos energéticos. También aquí, el capitalismo se ha descalificado a sí mismo.

Segunda razón: Podemos considerar la descalificación del capitalismo desde otro ángulo: Se rompen los compromisos, que con esfuerzo se han establecido en los países del "Norte", entre el "sistema capitalista" y "la sociedad democrática". Parece importante decir, para evitar cualquier confusión, que el término, a menudo usado, de "sociedad capitalista" es falso. El sistema capitalista, en sus aspectos económicos, políticos e ideológicos, jamás ha podido contemplar, por sí mismo, la gran diversidad de relaciones sociales, movimientos y formas de vida de las que hacen a la sociedad. El sistema político democrático, que surgió, no sin dolor, en los siglos XVII y XVIII, estuvo desde su origen marcado por un compromiso: en el contexto de destrucción de los sistemas feudales y teocráticos, se reconoció una nueva figura: el ciudadano libre, detentor legítimo de la nueva soberanía.

Pero, en el mismo movimiento, ese sistema político ha sido enfeudado por los intereses primero comerciales, luego industriales y financieros del capitalismo, y se ha dotado de mecanismos de "representación" y de una maquinaria de Estado fundamentalmente opresivos. No es que el Estado sea la pura expresión directa de los intereses del capital, como señalan algunas caricaturas. Las decisiones y acciones estatales son el resultado de compromisos y, a veces, se toman en contra de los intereses inmediatos de los "patrones", desde una visión más amplia y más sostenible de los intereses del capitalismo como sistema. Esto es lo que siempre ha expresado la acción social del Estado o el gobierno de la higiene de las poblaciones. Pero son estos compromisos los que actualmente se están salteando. El famoso "crecimiento" del sistema capitalista, ahora globalizado y financiarizado, se basa en tal daño y opresión (en intensidad como en extensión), que se vuelve cada vez más incompatible con el reconocimiento, incluso reducido, de la ciudadanía, en la medida en que esta última crece en inteligencia, en nivel de conciencia de los problemas, en calidad ética.

Se constata entonces una implosión del compromiso (del cual la alternancia política y el Estado-Social fueron dos expresiones simbólicas), en beneficio del aplastamiento de la naturaleza y el horizonte del pensamiento político oficial, de decisiones tomadas bajo los intereses inmediatos del capital privado y la urgencia de hacer frente al deterioro de las finanzas públicas, que es la contrapartida, al mismo tiempo, de la amplitud durable que asume el desempleo y la precariedad, del costo creciente representado por la degradación y el agotamiento físico y psíquico de las "poblaciones" (importancia de la asistencia sanitaria en particular), pero también del declive permanente de la tributación de las empresas y, recientemente, de los considerables fondos que los Estados tienen que levantar para evitar un desastre financiero.

En otras palabras, el compromiso social y político, calificado de keynesiano, se deshace y el poder político pierde gradualmente la distancia que se construyó, no sin luchas populares, entre la acción estatal y los intereses del capital.

Pero, esta evolución se enfrenta con el aumento en poder e inteligencia de la ciudadanía "común" e implica la entrada en una era cada vez más autoritaria y policial. Capitalismo y democracia devienen cada vez más incompatibles. Y no es esta una formulación gratuita, sino una constatación. Por ejemplo, los ataques terroristas en Londres revelan lo que los especialistas en este campo ya sabían: la asombrosa multiplicación y sofisticación de las herramientas de control y vigilancia de los "simples ciudadanos". Desplazamiento en las calles, intercambios telefónicos, envío de correos electrónicos. La más leve de nuestras actividades queda bajo vigilancia policial, si no real, al menos potencial y el contenido de esta vigilancia puede ser movilizado en cualquier momento sin nuestro conocimiento. Por otro lado, estamos siendo testigos de una proliferación de nuevas leyes y disposiciones, con el pretexto de combatir el terrorismo o la inseguridad, que refuerzan legalmente las prerrogativas del aparato de seguridad y al mismo tiempo reducen el alcance de las libertades individuales. El capitalismo se descalifica en el campo que indudablemente ayudó a promover contra los regímenes feudal y teocrático, el de la emergencia de la libertad individual y de asociación precisamente.

El presidente Bush ha presumido acerca de los méritos de la democracia occidental en la misma medida en que ha contribuido poderosamente a reducir su alcance y significado.

Tercera razón: algunos de los problemas y desafíos del mundo de hoy constituyen, literalmente, una opción de civilización. Pero el sistema capitalista es totalmente incapaz de plantearlos y mucho menos de enfrentarlos. Sería falso, simplista y reductivo hacer del capitalismo el origen de todos nuestros males. La opresión de las mujeres, por ejemplo, va mucho más allá del capitalismo en historicidad y causalidad (aún cuando éste siempre ha sabido y sabe todos los días cómo explotar sus consecuencias). De manera similar, las preguntas fuertes sobre la compatibilidad entre los niveles de crecimiento económico y las capacidades de preservación de los ecosistemas necesarios para la vida no se reducen a una simple puesta en cuestión del capitalismo. Por el contrario, el capitalismo se descalifica todos los días como marco, no solo económico sino también político e ideológico, con capacidad de plantear esos problemas y menos aún resolverlos.

¿Por qué? Ante todo, porque las formas egoístas, dominadoras e individualistas de pensamiento que genera espontáneamente están en las antípodas de los marcos intelectuales y éticos necesarios para simplemente "pensar" esas cuestiones. En segundo lugar, porque, sin ser la causa única, ni original, el capitalismo está utilizando en gran medida los efectos de esos problemas. Tiene un interés inmediato en la opresión de las mujeres y en la utilización de las discriminaciones que las afectan, así como le es necesario, para liberar a las "mercancías" y así realizarse como capital, traducir las interrogantes sobre las formas de vida en términos de " nivel de consumo ", excluyendo cualquier cuestionamiento serio sobre la naturaleza de este " consumo ", y especialmente operando una reducción de las necesidades y expectativas de nuevas formas de vida bajo ese vocablo, increíblemente reductivo, de " consumo " (el mito del cliente - consumidor).

Pero debemos ir más allá: el capitalismo busca espontáneamente "eternizar" la civilización occidental que le ha dado nacimiento y cuyos rasgos negativos se han radicalizado. Lejos de abrirse a un profundo cuestionamiento y rectificación de la trayectoria de nuestra civilización y a la contribución de otras civilizaciones, radicaliza el centrismo occidental y contribuye, directa o indirectamente, a la destrucción de otras civilizaciones. El punto máximo se alcanza ideológicamente cuando los líderes de los niveles más altos de algunos países occidentales consideran que solo Occidente ha gozado de una "verdadera" civilización; los otros pueblos viven de una forma u otra en la barbarie. La ficción que actualmente se pone en escena es menos sobre un "choque de civilizaciones", que sobre la negación de existencia de cualquier otra civilización que no sea la occidental y la reducción de nuestro campo de saberes y de

referencia solo a la historia occidental. (como por ejemplo lo testimonia la historia de la política o la historia de la filosofía).

Los extranjeros, no occidentales, pueden ser tratados como bárbaros sin cultura (o de cultura peligrosa).

De estas diferentes formas de descalificación del capitalismo, emergen dos fenómenos principales.

El primero, es posible verlo en actividad: una radicalización del autoritarismo, un despliegue de los sistemas securitarios inherentes a este sistema, ya presente desde hace mucho tiempo en el mundo de los negocios, pero que se convierte en la orientación y la práctica explícita del universo estatal-político. Con el pretexto de la "seguridad", estamos cayendo en un orden social y político autoritario, apuntalado por una guerra civil latente, que cada día niega el simple ejercicio de las libertades democráticas, incluso la misma noción de democracia. El surgimiento de este orden autoritario se corresponde con la banalización del discurso y de las prácticas de guerra, aún las localizadas. Entre las guerras externas, actualmente simbolizadas por Afganistán y la guerra civil interna (real o ficticia), hay una creciente porosidad, que está marcada por la creciente confusión e interpenetración entre el ejército, la policía y la justicia.

El segundo, profundamente positivo es que la descalificación del capitalismo se hace visible. Si bien los ciudadanos no necesariamente tienen la capacidad de establecer cadenas de causalidad e identificar el origen de los problemas, existe sin embargo un sentimiento difuso pero fuerte y tenaz de que "algo" está muriendo y que es urgente repensar la forma de concebir, organizar y guiar nuestra vida en común, a escala mundial.

Lo que se presenta como problemas deviene, poco a poco, en rechazos explícitos (los votos marcados por el "No" a los referendos sobre el borrador del Tratado Constitucional para la Unión Europea fueron ejemplares), y también en desafíos y compromisos.

Pero aquí estamos tropezando con una doble dificultad:

- Estos compromisos tienden a dispersarse en múltiples frentes, fallando en situar y ver lo que es común y central en los problemas del mundo actual,

- Las formas de acción política tardan terriblemente en renovarse.

La democracia representativa clásica, el sistema de partidos, las formas de compromiso establecidas con los intereses del capitalismo ya no se mantienen y sería arcaico, y por demás conservador, querer "restaurarlas". Depende de nosotros inventar una democracia activa que sea el marco apropiado para la expresión convergente de los desafíos y compromisos que acabamos de mencionar. La mundialidad es hoy su verdadero horizonte, incluso cuando los "niveles" de acción (local y nacional) mantienen su relevancia propia y singular.

2. La cuestión de la emancipación

Enunciar cuáles son los principales problemas del mundo contemporáneo es bastante fácil. Se puede formular una lista (no exhaustiva):

- La cuestión ecológica y, por lo tanto, la del mantenimiento de la vida humana y su equivalente en la Tierra,
- El problema de la pobreza,
- La cuestión de la opresión de las mujeres, en sus diferentes formas y niveles de historicidad diferenciados, pero sustancialmente equivalentes en cuanto al fondo, en las diversas civilizaciones,
- La cuestión de la explotación en la relación capital-trabajo, con todo el arco de sus modalidades posibles según las regiones del mundo,
- La cuestión del enfrentamiento entre civilizaciones,
- Finalmente, y como resumen político de todos estos problemas, la cuestión de la guerra o de la paz, con interpenetración entre el frente interno y el frente externo (que hemos propuesto llamar: la cuestión del régimen de guerra enfrentado al régimen de paz).

Pero, precisamente, no podemos ceñirnos a esta lista. Si uno de los grandes aprendizajes que hemos hecho es que ningún problema puede abordarse desde otro, y especialmente si ahora sabemos que la relación capital-trabajo no cubre y resume todas las otras relaciones y frentes. Sin embargo, tenemos que buscar un punto de intersección, que dice algo acerca de lo que estos problemas y desafíos tienen en común. Nuestra propuesta es: todos estos problemas, a nivel de mundialidad, se encuentran en un solo y mismo proceso: la emancipación humana. No la emancipación del trabajo, la emancipación solo social, sino la emancipación humana concreta, bajo sus diferentes facetas.

Emanciparse es liberarse de la opresión y sobre todo expresar un poder propio.

No es un estado, ni la indicación de una sociedad futura. Es un movimiento, un proceso, sin fin asignable, que se juega en el devenir presente convirtiéndose, en lo que el presente condensa, tanto como historia pasada y así memoria y como anticipación de futuros posibles. Lo que es profundamente original en la situación actual es que la emancipación no se juega fundamentalmente contra un enemigo (por lo que su modo no puede ser principalmente la aceptación de un régimen de guerra).

La emancipación se juega:

- En la capacidad de pensar, hacerse cargo, actuar para establecer nuevas relaciones en las que la asociación entre las diferencias reemplaza a la opresión (la asociación entre hombres y mujeres, con los mismos derechos y en la complementariedad de sus diferencias; la asociación entre los seres humanos y la Naturaleza, en el respeto de las propensiones de esta última, como capaz de sostener y desarrollar duraderamente la vida humana y su equivalente; la asociación entre "productores", como capaz de poner en común su inteligencia; en la diversidad de talentos singulares de cada uno; la asociación entre civilizaciones en la confrontación crítica de la contribución de su trayectoria, etc.).
- En relación con nosotros mismos como capaces de repensar nuestra vida, nuestras formas y modos de vida, porque esta relación con nosotros mismos y con nuestros comportamientos condiciona, subjetivamente, las otras.

Esta política de la emancipación no designa, a priori, ningún enemigo. Es por eso que

conlleve, en profundidad, una demanda de paz. Pero sabemos que los adversarios se designarán a sí mismos: los opresores solo pueden reaccionar, porque, ante su posible descalificación, su puesta "fuera de juego", ellos únicamente pueden defender su posición y sus intereses. Eso es lo que ya hacen. No podemos anticipar las modalidades que tomarán estas luchas. Por otro lado podemos pedir un requisito: nunca considerar estas luchas como teniendo su finalidad en sí mismas. Para decirlo de otra manera, y esta es la inmensa lección de lo que sucedió en Sudáfrica bajo el impulso de Nelson Mandela, no se trata nunca de tener como objetivo destruir, ni aún de aplastar a un "enemigo". Es necesario debilitarlo al punto de paralizar su capacidad de daño. Y la mejor manera de hacerlo es resolver, de manera positiva, lo que este adversario es incapaz de hacer y a lo que él trata de oponerse.

Y es aquí donde una política de emancipación se encuentra con el hermoso concepto de alternativa.

Sabemos al mismo tiempo que las formas de acción política están siendo reinventadas. No partimos de la nada. Mil y una formas de acción y, por lo tanto, de organización de la acción política ya se han manifestado, en varias ocasiones, dentro de lo que colectivamente llamamos democracia activa. Pero lo que aún falta es lo que proponemos llamar: el punto de vista de la centralidad.

La centralidad se opone a la centralización, así como la mundialidad se opone a la mundialización. La centralidad es la capacidad, lo más difusa posible, la más compartida posible, para captar lo que es central y común, tanto en las luchas como en la construcción de alternativas. La centralidad no se decreta. Solo puede surgir de un proceso profundamente democrático, por lo tanto, igualitario (en el que cada uno tiene tanto peso y valor como cualquier otro), dentro del cual se confrontará, serán debatidas todas las experiencias singulares (de pensamiento y acción) bajo la mirada, precisamente, de la necesaria centralidad. Captar la centralidad es siempre, de acuerdo con eventos en gran parte impredecibles, comprender en qué consiste la emancipación y qué prioridad dar a esta o aquella iniciativa común. Es elegir, en una coyuntura dada, un punto sensible que sirve de unión con todos los demás. Es ver todo bajo la mirada de la mundialidad.

París, 20 de agosto de 2005, luego 19 de febrero de 2010.